

SAPERE AUDE. ILUSTRACION, PROGRESO Y PSICOLOGIA

Angel Luis Cagigas Balcaza

Becario Predoctoral de Investigación del Gobierno Vasco

RESUMEN

En la presente comunicación intento analizar dos conceptos centrales de la Ilustración. Por un lado la idea de progreso, la historia como progreso y la incidencia que esta idea ha tenido en el desarrollo de la ciencia y la psicología en general y de la historia de la psicología en particular. Por otro lado el lema *sapere aude*; analizo su repercusión, contraponiéndolo a la incidencia de la idea hegeliana de progreso, alzando una lanza en favor de esta valiente postura, *atrévete a saber*, ante el trabajo en pro del conocimiento.

ABSTRACT

Two fundamental conceptions of the philosophy of Enlightenment are analyzed in this paper. First is the idea of progress, of the history as progress, and its impact on the development of science and psychology, particularly the history of psychology. Second is the statement *sapere aude*; after discussing its meaning and consequences, especially compared to the hegelian idea of progress, this ideal of daring work for understanding is praised.

La idea de progreso es indisociable de la disciplina histórica. Este concepto proviene esencialmente de la Ilustración, Kant creía en el progreso y fue Hegel quien desarrolló esta idea en el ámbito de lo histórico.

Hegel concibe la historia humana como una línea unidireccional que tiende hacia la meta de la perfección, no hay retroceso posible; y es más, cualquier suceso que tenga lugar es bueno en la medida en que de hecho nos acerca hacia ese final perfecto. Hay que trabajar, y de este trabajo emanarán ideas, teorías, saberes, que harán progresar al hombre, avance positivo hacia una meta utópica de perfección. Siguiendo esta argumentación se puede justificar en la práctica cualquier postura: holocausto judío, árabe, pugnas racistas, etc., todo es igualmente bueno pues es progreso, conduce a la perfección, es el fanatismo del progreso.

Esta concepción se desprende de una determinada fe, la fe en el progreso. La fe, tal como a mí se me representa, es un apoyadero, unas muletas de las que nos servimos en nuestro trato con el mundo. Probablemente es connatural al ser humano creer en algo, en lo que sea, pero la fe tiene un carácter de freno, sobre todo en lo referente al pensamiento ya que muchas veces se convierte en acicate para la acción, que la desautoriza como práctica a seguir. En esto me adhiero a la siguiente cita de Mencken: *La fe se puede definir en pocas palabras como la propensión a creer, contra toda lógica, que sucederá lo improbable. Por lo tanto tiene un regusto patológico*¹.

La fe abarca toda nuestra relación con el mundo, no solamente es una cuestión del hombre con Dios, los mismos principios que rigen la fe en la religión son los que funcionan en la relación del hombre con el mundo cotidiano. Siempre ha sido así, el fundamento del hombre es el lenguaje y la palanca de la fe está en la palabra. El lenguaje está en el origen de toda idea, lenguaje como formador de conceptos, y el hombre cree

¹ Mencken, H.L., 1992, p. 14.

en las cosas, o en su idea de las cosas, porque ve en ellas lo que ha introducido poco antes al hacerlas conceptos, tiene fe en ellas porque las hace suyas por miedo a su propia impotencia, éste será también el principio de la ciencia; Nietzsche lo pronuncia así: *quien no sabe introducir su voluntad en las cosas, introduce en ellas al menos un sentido: es decir, cree que hay allí dentro ya una voluntad (principio de la "fe")*².

La ciencia es un dominio de la fe. Es de señalar la ingenuidad cientista, *la creencia en la neutralidad y la objetividad de la ciencia en tanto que proceder cognoscitivo*³. La ciencia es uno de nuestros mayores logros, o al menos así lo creemos, la ciencia nos proporciona el espejismo de control y de saber sobre la naturaleza. La razón de esta necesidad de ciencia, de control, puede estribar en que la naturaleza no es la gran madre tierra de la que muchos hablan, sino una madrastra que en cuanto te descuidas te da un zapatazo en la coronilla. La ciencia, repito, nos permite la ilusión de control sobre la naturaleza, lo que nos proporciona seguridad, seguridad fundamentada para la mayoría de los mortales en el no-saber, ya que los científicos se han convertido en sumos sacerdotes de su religión. La realidad científica no es perceptible para el vulgo, se sitúa en un plano accesible sólo a unos cuantos, los teóricos, nosotros vemos únicamente las apariencias y son ellos los que tienen acceso a "la estructura verdadera del mundo", de la cual nos informan. La ciencia se apropia de la realidad cotidiana para sustituirla por otra, *¿Qué es entonces la verdad? Una bueste en movimiento de metáforas, matonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como meta*⁴.

La ciencia se ha valido de esta concepción para tirar hacia delante, para justificar todos sus logros y todas sus calamidades, por el progreso. La psicología, como ciencia que se supone, ha recogido esta noción de progreso, esta fe en el progreso, en mi opinión para su pesar; me explicaré a continuación.

Desde sus inicios, en la psicología ha habido una marcada tendencia a fundamentarse como una ciencia, a la manera de las llamadas ciencias duras. Creo que esto nos desquicia, pero además creo que estamos desfasados. La filosofía de la ciencia ha criticado su propio paradigma, a partir de Kuhn empieza a tambalearse la asunción de la idea de progreso clásica y se instaura una concepción que habla de cambios de perspectiva, no de progreso real, aunque haya una mejora tecnológica; no se defenestra la fe, se sigue creyendo, sólo va cambiando la creencia. En cada revolución intelectual se instaura un nuevo paradigma que hace que veamos las cosas de otro modo, y es más, ese paradigma no gana la batalla porque es mejor, sino porque está más acorde con el Zeitgeist, y sólo llega a reinar cuando los partidarios de la anterior concepción han muerto. No pueden dar cabida a sus concepciones en las estrechas miras de su postura científica determinada, no pueden desprenderse de su fe.

En la psicología hay una tendencia hacia este cientismo, no hay más que fijarse en los nuevos planes de estudio que se van implantando en las diferentes universidades. Se dejan de lado las asignaturas de tipo humanístico (filosofía, ética o historia) en favor de la estadística, la matematización de las teorías, de la clínica; luego nos reiremos de las teorías a lo Fliess. Pero el hombre no se puede matematizar, no se puede reducir a leyes, y no sólo por la supuesta dificultad inherente a la psicología en cuanto a que su objeto es

² Nietzsche, F., 1984, p. 32.

³ Thuillier, P., 1982, p. 93.

⁴ Nietzsche, 1990, p. 25.

a la vez su sujeto ya que al fin y al cabo esta situación se da en todos los saberes, como Nietzsche siempre se encargó de recordárnoslo.

En esta reunión deberíamos saber que la noción de progreso ilustrada es falsa, es una fe más, y deberíamos saberlo por dos motivos, por ser historiadores y por ser psicólogos. En el siglo pasado, del que en gran medida aún nos nutrimos intelectualmente, surgieron tres figuras que compartían su crítica de la doblez del hombre, había algo por debajo de él, económica, filosófica y psicológicamente. Marx y Nietzsche compartían la idea de progreso, de manera harto diferente claro está. Nos queda la figura de Freud, creo que él asimilaba la idea de progreso con la de civilización, a la que dicho sea de paso no daba connotaciones muy positivas. Veía la civilización como un fino barniz que recubría al hombre, y sólo había que rasparlo ligeramente para que la esencia "animal" del hombre volviera a salir. Creo que vislumbró algo de los peligros de la fe, él mismo derrumbó algunas de las creencias de su época.

En nuestra época, creo que nos ciega un ansia de ciencia, se nos hace la boca agua ante un montón de cifras, tests, bibliometría, cuestionarios, etc. No creo que sea negativo hacer uso de estas técnicas, pero son simplemente eso, instrumentos para recabar datos con los que crear teorías, para intentar establecer sistemas, lo principal son las teorías y guardar una distancia entre ellas, no los números. Todos somos conscientes de esto, pero se nos olvida.

Volviendo a la Ilustración, hemos acogido su concepto de progreso, tenemos fe en él, pero nos hemos olvidado de su otro gran lema en lo tocante al conocimiento, el *sapere aude*, atreverte a saber, ya somos mayores como para necesitar las muletas que nos proporcionan los tutores, ya sean éstos en forma de teología, de argumentos de autoridad o del número como elemento pitagórico descubridor de la esencia del mundo. Este lema viene al pelo en el caso de la psicología, hay que atreverse a saber, como aspiración general al conocimiento al margen de cualquier dictadura proveniente de los poderosos en el orden del conocimiento, y además hay que atreverse a saber de uno mismo, de su esencia, a menudo indescifrable pero no por ello menos merecedora de nuestro trabajo.

Los popes de la ciencia, como los de cualquier otro ámbito, se arrogan el poder de delimitar su campo de actuación y dictar las leyes que rigen su mundo, que en el caso de la ciencia parece que se ha convertido en el de todos. De esta forma pasamos a la dictadura de los supremos hacedores de ciencia, muy criticable por otro lado: *Eso de que sólo sea legítima una interpretación del mundo, en la que vosotros subsistís legítimamente, donde sólo se puede explorar y continuar trabajando en vuestro sentido, y que sólo admite contar, calcular, pesar, ver y tocar, no es más que necesidad e ingenuidad, por no decir ya alienación y cretinismo*⁵.

Donde se instaure la fe surge el problema de la herejía, inmediatamente crecen tribunales inquisitoriales donde se excomulga a quien se desvíe de la doctrina. Esto conduce, en el caso de la ciencia, a una impotencia para pensar algo nuevo, todas las innovaciones se hacen dentro de la línea de determinados programas de investigaciones, en realidad son casi los únicos que existen, priorizados por la comunidad científica, cuyos altos mandos están más o menos ligados a los poderes estatales. Así se crea una especie de esterilidad en el pensamiento de los científicos de base: *El hombre lleno de fe es sencillamente aquel que ha perdido (o no ha tenido jamás) la facultad de razonar en forma clara y realista. No es un simple asno: está realmente enfermo*⁶. El científico de base reproduce caminos ya trillados, y se limita a hurgar en las heridas abiertas por otros, se mete cada vez más en su mundo de cristal y acero relleno de ecuaciones y no puede ya entrar en contacto con la realidad.

⁵ Nietzsche, F., 1990, pp. 259-260.

⁶ Mencken, H.L., 1992, p. 14.

No obstante, no ocurre así en las altas esferas de la ciencia, hablo de un Einstein que no tenía reparos en afirmar la utilización de sus propios sueños como fuente de ideas o un Hawkins que tiende a hablar en un lenguaje cuasimetafísico, científicos que no vacilan en echar mano de recursos no científicos que escandalizarían a cualquiera de sus acólitos. Ellos son conscientes de la mentira de la fe, de que se ha dividido la historia del pensamiento en mito y logos, el mito como fase precientífica de la búsqueda del conocimiento, con todas las connotaciones negativas que esto supone. En realidad hay tanto mito en el mito como en el logos, la alta jerarquía científica es consciente de que es la fe la que hace que se crea más en el logos, *la cultura es la Gracia secularizada*⁷. Parece que son conscientes del nivel de la ciencia como un saber entre otros muchos, una fe entre muchas, y comentan en voz más o menos baja su intención de ligar la ciencia a otro tipo de saberes denigrados por muchos: *¡Ab! No olvidéis nunca que únicamente podremos evitar esta fatal degradación si unimos las artes liberales, que encarnan el sagrado fuego de la sensibilidad, con las ciencias y las artes útiles, sin las cuales la luz celestial de la razón desaparecería*⁸. En cualquier caso estos personajes, o sus más directos subordinados, son los que hacen escuela, son los que se han hecho con la dirección de nuestras universidades, de nuestros centros de investigación, que se han convertido en guardianes del conocimiento, más bien nunca han dejado de serlo, no en su fuente. En la universidad ya no se escucha la palabra sabiduría, sólo la de conocimiento, que va ligado a la técnica, se ha convertido en un vertedero de tesoros científicos, de reliquias, y de una cierta repulsión a cualquier contenido nuevo que no haya sido avalado por alguna figura de prestigio. Aunque pueda parecer fuera de lugar creo que merece la pena recordar las palabras de Lacépède a propósito del estado de la universidad, de su política, inmediatamente después del reinado del terror en Francia: *reservaron el dominio de la ciencia y del arte para sí mismos, y se rodearon con un velo de misterio que sólo ellos podían quitar*⁹. Creo que en la actualidad no es demasiado diferente.

En estos momentos parece existir una adhesión general a la idea de que la ciencia es el único saber legítimo, que puede responder a todas las cuestiones que nos podamos plantear y por lo tanto debemos confiar por completo en ella, y por ende en nuestros científicos. Me parece que confiar nuestro destino en sus manos es una locura, en la que por otra parte estamos metidos. No me parece mal trabajar en el campo del conocimiento, indagar, experimentar, ya sea en el campo de la ciencia, del arte, de la metafísica, o en el que sea, pero me parece peligroso perder la perspectiva, olvidamos de que eso es algo que nosotros hemos inventado, los datos no son puros. *¿Cómo puede extrañar que luego el hombre volviese a encontrar siempre en las cosas tan sólo aquello que él había escondido dentro de ellas?*¹⁰ Sabemos que el reducir algo desconocido a algo conocido tranquiliza y da poder al hombre normal en detrimento del hombre religioso, pero esto no justifica nuestra ceguera.

La ciencia siempre ha vivido a expensas de la religión. Hace siglos el dominio de la religión era completo, los hechos se sabían por revelación divina y el hombre creía en la boca de Dios, sus sacerdotes. A medida que pasó el tiempo, la ciencia le ha ido comiendo el terreno a la religión, y ésta ha ido replegando sus fuerzas a zonas más próximas a las causas de las cosas. Conforme la ciencia ha ido dando sus respuestas, sus explicaciones de estas causas, la religión ha retrocedido más aún y ahora sólo le queda el reducto de la causa primera donde creen que nunca podrá llegar la ciencia. Es la lucha entre la oscuridad de la religión-metafísica y las luces de la ciencia; puede que en un

⁷ Bueno, G., 1993, p. 32.

⁸ Gould, S.J., 1993, p. 334.

⁹ Lacépède, 1801, 13.

¹⁰ Nietzsche, F., 1984, p. 64.

principio la ciencia fuese algo liberador, algo iluminador, pero creo que hace tiempo que ha dejado de serlo y se ha convertido en un férreo amo que nos impone sus fines.

Es importante esta pugna por los dominios, que continúa aunque parece que la religión lleva desde hace mucho la peor parte. Hasta hace muy poco la enseñanza de la teoría de la evolución estaba prohibida en algunos Estados de Norteamérica, concretamente en Arkansas y Louisiana; esta situación cambió a raíz de una decisión del Tribunal Supremo en 1987, que obligaba a conceder un tiempo igual a la enseñanza de la teoría de la evolución y de la "ciencia de la creación". La lucha entre ambos contendientes por la supremacía, que en la práctica se traduce en contar con más conversos, es la lucha por el poder, no creamos que existen grandes diferencias entre los fervientes defensores de la "ciencia de la creación", religiosos, y los no menos fervientes adeptos de la teoría de la evolución, científicos, la voluntad de saber es en realidad una voluntad de poder; pero parece que algo ocurre detrás, que esto es sólo el escenario de una obra donde lo importante, como casi siempre, es lo oculto entre bastidores.

La ciencia, la religión, la cultura en suma, toda la civilización, piden fe en ellas. Piden fe en sistemas que siempre son superados, fe en cosas ajenas a nosotros mismos, aquí hablo de las personas que no hemos creado esos sistemas, y la única razón que se me ocurre para que les concedamos nuestra confianza es que nos obligamos a creer en cualquier cosa para no creer en nosotros mismos, para no atrevernos a poner todo en solfa, sin por eso dejarlo de lado; observamos lo de fuera pero no nos observamos a nosotros mismos, sin intermediarios. *Pocas personas tienen por lo general fe en sí mismos: -y de este pequeño número, unos la reciben de forma innata como una ceguera útil o un oscurecimiento parcial de su espíritu -(¿qué no verían si pudiesen verse a sí mismos a fondo!); todo lo bueno, valioso y grande que hacen sirve antes que nada como argumento contra el escéptico que mora en ellos: la cuestión está en convencer a éste o en persuadirle, y para ello casi necesitan ser unos genios. Son los grandes insatisfechos de sí mismos*¹¹

Llegamos así a un concepto de la cultura como la tapadera del conocimiento, pero tapadera imponente que nos deja a todos con la conciencia tranquila, conciencia que como todos sabemos es falsa por naturaleza, al mantener la creencia de estar haciendo todo lo posible por alcanzar el estado de máximo progreso. En el caso de abandonar la fe caeríamos en la melancolía, la insatisfacción, el hastío, pero quizá desde ahí podríamos renacer como el fénix, a mí también me cuesta creer que haya ninguna vivencia más lúcida y esclarecedora que el hastío... *Que en el hastío se llega al fondo de todo lo prueba la virulencia con que tratamos de huir por cualquier medio de él; parece como si nos alarmase infinitamente la idea de poder recibir en él alguna revelación insoslayable e intolerable. El conjunto de medios por los que le esquivamos es la cultura, coloreado telón que nos separa del abismo; en ella está el talismán contra el insuperable bostezo que amenaza consumirnos al menor descuido*¹².

Parece que no estamos por la labor de destronar a la cultura como gran gurú, no nos atrevemos aún, y el auge de la ciencia es grande. Cada vez nos sumergimos más en una sociedad totalmente tecnologizada y cualquiera que trate de desbrozar los intrínquilos de nuestras creencias, de nuestras fes, antes en la religión o en la política, ahora en la ciencia, puede ser tachado de retrógrado o desatinado. *La pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo... también lo son de que se baga tan fácil para otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribe las dietas... Es difícil para cada hombre en particular lograr salir de esa incapacidad, convertida casi en segunda naturaleza*¹³. No nos atrevemos a desprendernos de las

¹¹ Nietzsche, F., 1990, p. 174.

¹² Savater, F., 1986, p. 13

¹³ Kant, 1978, pp. 25-26.

muletas de nuestros tutores, nuestros popes, de las muletas que son nuestra fe, y seguimos siendo menores de edad. La humanidad no puede desprenderse de sus defensas, que en ocasiones son también sus frenos. *La más costosa de las locuras consiste en creer con vehemencia en algo que es obviamente falso. Esta es la ocupación primordial de la humanidad*¹⁴. ¡Amén!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bueno, G. Díos, en Arroyo, F. *La funesta manía*. Crítica, Barcelona, 1993.
 Gould, S.J. *"Broniosaurus" y la nalga del ministro*. Crítica, Barcelona, 1993.
 Kant, E. *Filosofía de la historia*. F.C.E., Madrid, 1978.
 Kuhn, T.S. *La estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E., Madrid, 1975.
 Lacépède, B.G.E. *Discours d'ouverture et de clôture du cours de zoologie donné dans le Museum d'Histoire naturelle*. Plassan, Paris, 1801.
 Mencken, H.L. *Prontuario de la estupidez humana*. Alcor, Barcelona, 1992
 Nietzsche, F. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos, Madrid, 1990.
 Nietzsche, F. *La gaya ciencia*. Busma, Madrid, 1990.
 Nietzsche, F. *Crepúsculo de los ídolos*. Alianza, Madrid, 1984.
 Savater, F. *Perdonadme, ortodoxos*. Alianza, Madrid, 1986.
 Thuillier, P. *La trastienda del sabio*. Alianza, Madrid, 1982.

¹⁴ Mencken, H.L., 1992, p. 211.